

El Exilio de Cristián Huneuus

Por Hernán Rodríguez Molina
Londres, Especial para ERCILLA

“SER CHILENO es, en más de un sentido, algo trágico. El desequilibrio económico y social del país, nuestros tremendos problemas educacionales, el caos que nos rodea en buena parte de América...”, quien nos habla así es un joven escritor chileno que lleva viviendo cuatro años en Europa y que se prepara a regresar a su patria en los primeros meses del próximo año. Se trata de Cristián Huneuus, quien en 1969 hizo noticia cuando la Editorial Nuevo Extremo le editó Cuentos de Cámara, y dos años más tarde, Las dos Caras de Jano. En 1964 su nombre figuró en la antología de cuentos chilenos de la revista Granta.

Huneuus vive desde hace tres años en Cambridge en compañía de su mujer, Paz, quien espera un hijo para los próximos días. Llevan poco más de cuatro de matrimonio y juntos se han enfrentado con un mundo diferente, donde ser un joven escritor chileno no es precisamente un punto de orgullo. Cuando Pablo Neruda estuvo en Inglaterra fue a Cambridge, visitó a Huneuus y se hicieron amigos. El poeta le recomendó regresar a Chile. “Un escritor —le dijo— debe vivir en su país, debe estar entre su gente hablando y escribiendo su propio idioma.”

Lo visitamos en un pequeño departamento en la calle Fitzwilliana, justo frente al museo del mismo nombre, el más completo de la ciudad universitaria y uno de los mejores de Inglaterra. La familia Huneuus vive en un barrio de estudiantes, casa por medio de la que ocupa Charles Darwin, cuando era estudiante de Cambridge. No es raro vivir en lugares históricos en la famosa ciudad, ya que en su universidad estudiaron Erasmo de Rotterdam, Isaac Newton, Lord Byron, Bertrand Russell, Nehru, y tantos más. En sus laboratorios se desintegró por primera vez el átomo. Dos de sus profesores son Nicolás Koldir, prominentemente consejero político del Gobierno laborista de Harold Wilson (quien trabajó para la CEPAL en Santiago) y el doctor F. R. Leavis, la personalidad más vigorosa e influyente en la crítica literaria inglesa de los últimos treinta años.

Huneuus es un escritor de 28 años. En Cambridge fue dirigente de los estudiantes latinoamericanos de la Universidad y con numerosas conferencias que ha ofrecido allí, así como en Oxford, Londres y Hull. El año pasado concurremos a una charla que dio en la Universidad de Oxford y que versó sobre la literatura chilena.

El joven escritor emigró a Europa cuando recién comenzaba a dar importantes pasos en Chile. Ahora decidió regresar “para enseñar en su país lo que ha aprendido aquí”. Temprano en la huella de otros escritores chilenos que decidieron emprender rumbos en el extranjero, como José Donoso, Claudio Glinea, Antonio Avajía y Fernando Alegria, en Estados Unidos; Jorge Edwards, en Francia; Margarita Aguirre, en Argentina.

Cuatro años de “exilio”

La opinión de un joven escritor y profesor egresado de la U. de Chile, que ha pasado cuatro años fuera del país, es valiosa, más cuando ese tiempo lo ocupó trabajando en universidades

inglesas entre intelectuales y colegas:

—Tanta riqueza no podía sino maravillarme —cuenta Huneuus—. La historia intelectual se vive aquí en su reñacer permanente, de un modo que induce al asombro, al respeto y a la humildad. Aquí se aprende, aunque a menudo no se sepa bien qué es lo más importante de lo que se aprende. Es algo que va más allá de lo puramente académico. Guarda relación con el conocimiento que se adquiere de las posibilidades y limitaciones de uno mismo como persona; con la confianza que el ambiente comunica en los valores que han ido conformando la civilización; con una toma de conciencia, en el caso de los estudiantes que vienen de nuestra parte del mundo, de lo que significa ser latinoamericano.

Los latinoamericanos en Cambridge no suman más de quince o veinte y cursan todo tipo de estudios. En los últimos años sólo hubo otros dos chilenos aparte de Huneuus: Sebastián Santa Cruz y el economista Juan

Cristián Huneuus: “Un chileno que se siente inglés para en esa cosa medio patética que es la caricatura de un inglés.”

Eduardo Herrera. Huneuus estudia literatura inglesa. Se especializa en la novela. Le preguntamos en qué medida cree que la novela inglesa tiene relevancia para el escritor chileno:

—La literatura latinoamericana debe mucho a las tradiciones europeas. La novela, tanto como otros géneros. Pese a las problemáticas diferencias de lengua y cultura, me parece un hecho demostrable que nuestra novela ha recibido estímulos más profundos de Francia, Rusia e Inglaterra que de España misma. Concretándonos a Chile: Blest Gana desciende literalmente de Balzac y Stendhal, lo que entraña a nuestra novela con la francesa. Pero de un modo tenue. Blest Gana la entraña también con la inglesa. Era hijo de un médico irlandés, que nunca aprendió a pronunciar bien el castellano, y que leía a su familia las novelas de Walter Scott. Los lazos emocionales del autor de Martín Rivas con Inglaterra fueron lo suficientemente fuertes como para que educara a su hijo en Eton. Mariano Latorre fue bastante angélico, lo que a muchos sorprende dado el programa “chileno” de su obra: era admirador profundo de Joseph Conrad, el gran polaco, que escribiera varias de las mejores novelas inglesas; entre ellas Neotoma, una de las novelas más trascendentes que se han escrito sobre América latina. (Conrad es un novelista al que debemos superar.) Edwards Bello se educó en parte en Inglaterra, y cuenta que ha leído a los ingleses “desde Byron hasta Lawrence”. El Soñe, de Jenaro Prieto, parecería deber más de algo a Dickens. Benjamin Huberseau escribió un pedazo de historia inglesa en Jimmy Bullen. Salvador Reyes leía Stevenson en su juventud.

Henry James es una influencia formativa en José Donoso, y Graham Greene lo es en José Manuel Viera. Y entre los autores de mi generación, Póll Delano es profesor de inglés, y Carlos Morand ha publicado un trabajo sobre Aldous Huxley. “Catacómbo” de este tipo podrían reunirse respecto a los franceses, a los rusos, a los norteamericanos. (Y alguna vez llegará el día en que podamos, como los poetas, hacerlo respecto a los latinoamericanos.) Descendimos de muchas partes, de demasiadas partes. Quizá ello sea lo que define nuestra “americanidad”. Pero en un sentido muy real somos a la vez, desde el comienzo en Blest Gana, descendientes de nuestros mitmos: en Chile hay una tradición novelística. Que no haya producido talentos geniales como nuestra tradición poética es cuento aparte. Pero una tradición hay. Y resulta interesante evaluar cuánto debe —no siempre como influencia, generalmente como estímulo— a Inglaterra.

—Para los jóvenes, la relevancia de una gran tradición como es la inglesa me parece obvia. Dudo que podamos aprender nuestro oficio, si es que lo queremos aprender en serio, en otra parte que en los clásicos europeos del siglo XIX. Podemos preferir los ingleses o los franceses o los rusos: eso es cuestión de inclinación personal. Los ingleses actuales permanecen más cerca del realismo del siglo XIX que los franceses o los rusos, quienes han perdido a la novela en sendas camisas de fuerza; las del “realismo socialista” y de la “antilogía”. La inglesa no ha sufrido estas cosas; mantiene la riqueza personal y social, el gran humanismo, que la caracteriza en el país.



do. Si describe una cultura desgarra- da por las tensiones morales contem- poráneas, lo hace desde valores que ni son ingenuos ni son fatalistas. Para la novela inglesa actual —pienso en autores como Angus Wilson, Allan Sillitoe, D. S. Lowry— las acciones huma- nas siguen siendo reales y teniendo significado moral. Quizás sea por esto que se suele acusar a los ingleses de fal- tos de imaginación. Bendita falta de imaginación.

La Inglaterra "personal"

Pregunto a Cristián Huneus si ve en su propia obra alguna deuda a la novela inglesa. Me mira como si quisie- ra evadir la pregunta y responde rlen- do: "Entre otras la de haber aprendi- do a utilizar el término "menor". Soy todavía un escritor menor. La verdad es que pronunciarlo sobre "mi propia obra" me parece algo prematuro. No me caben muchas dudas sobre las li- mitaciones de mis dos libros. *Las de Las Dos Caras de Jano* son más severas que las de *Cuentos de Cámara*. Entre otras cosas, porque fue un libro que se propuso más. Y problemático se lo propuso mal. Quiso ser una fá- bulo moral. Quiso plantear una situa- ción "universal" y no logró el espesor psicológico suficiente como para, que el caso particular mostrado no resultara en cierto modo arbitrario. Pero volve- mos a la pregunta. Supongo que sí, que en lo poco que he publicado hay una deuda, que no siempre es direc- tamente literaria, a Inglaterra. Crecí entre libros ingleses. Mi abuelo materno era un arquitecto e ingeniero vina- riero de ascendencia inglesa, que reunió una buena colección de novelas y poetas británicos. Siempre me atrajo más que la colección francesa de mi abuelo paterno, quien siguiendo el gusto santiaguino de comienzos de siglo, lo leía todo en francés (incluso a Fenimore Cooper, el autor de *El Último de los Mohicanos*). Pero hay otros hechos. Un hermano de mi padre com- batió como voluntario en el ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial. Era un tío medio extravaiado, por supuesto. Como sea, ni mi casa se llenó de revistas londinenses por aque- llos años. No diré que las leía (cuando la guerra terminó yo tenía ocho años) pero miraba las fotografías. Son experiencias tempranas que forman las inclinaciones posteriores. Cuando cam- pio por Londres, todavía suelo ver las calles a través de aquellas fotografías. Aprendí inglés en el Saint George's College, lo que constituyó mi primer contacto con la cultura norteamerica- na (con un aspecto de dicha cultura, que hasta el día de hoy me produce escolofros). En mi adolescencia empecé a devorar novelas, la mayor parte inglesas. Más tarde estudié Literatura General en el Pedagógico de la Uni- versidad de Chile, donde fui ayudante de Roque Esteban Scarpa y diéraj para su cátedra varios seminarios sobre autores ingleses contemporáneos. Final- mente obtuve mi licenciatura con un trabajo sobre Henry James".

La tragedia de ser chileno

Preguntamos a Huneus si después

de todo esto no se siente casi un inglés. Responde que "un chileno que se siente inglés para en esa cosa medio patética que es la caricatura de un inglés. Lo que pasa —continúa— es que por lo he contactado estoy más cerca de la cultura inglesa que de otras cul- turas extranjeras. Pero me acerco a ella claramente consciente de mis raíces en la cultura chilena. Lo que importa es donde está el centro de la propia situación; es allí donde se articulan las experiencias más profundas. Los chilenos que se sienten ingleses o franceses o norteamericanos o españo- les, o lo que sea, son gente farsesca que no sabe dónde está parada. Probable- mente los intimidó lo trágico que hay en el ser chileno".



Cambridge: 15 a 20 estudiantes procedentes de América latina.

Le pedimos que se extienda sobre este último punto. Se sorprende y piensa un momento: "—La tentación de sentimentalizar es fuerte entre nosotros —comienza—. Pero debemos pensar y sentir en un esfuerzo de madurez, y a través a resis- tir la tentación. De otra manera caemos en el patetismo. Ser chileno es, en más de un sentido, algo trágico. El desequilibrio económico y social del país, nuestros tremendos pro- blemas educacionales, es eso que nos rodea en buena parte de América. La presencia impalpable de los Estados Unidos... La cultura representa claridad y fineza; en las palabras de Matthew Arnold, es "gracia y luz". La conquista de tales valores se ve trabada en Chile por la legítima urgencia de las presiones económicas y sociales in- mediatas, que nos mantienen dentro de un sótano de frustraciones. Si esto no

nos parece trágico, no sé qué pueda parecerse. Luego Huneus habla sobre sus cues- tos años en Inglaterra. Visitó con su mujer en 1961 a Hull y a Londres, con una beca, por nueve meses del British Council. Trabajó luego un año como cronista del Servicio Latinoamericano de la BBC. "Escribí sobre arte, arqui- tectura y como todo periodista sobre cualquier cosa y sobre nada". Por último vino a Cambridge donde fue aceptado por la Universidad para trabajar en un Doctorado; más tarde gana una beca de la Fundación Rockefeller. "Aunque no cueste creerlo —dice— la Fundación Rockefeller tiene un criterio amplio. Yo fui simpático de la candidatura de Allen y escribí

ricianas están lo suficientemente organiza- das como para mantener escritores. Todos tenemos que ganarnos la vida de algún otro modo. Aceptamos la situa- ción sin pedir imposibles. Yo pretendo ganármela como universitario, ense- ñando lo que he aprendido, literatura inglesa". Primero tendrá que obtener trabajo en alguna universidad y des- pués tendrá que ver si es posible ganar su vida como universitario en Chile. Nuestros sueldos son inconcebible- mente más bajos, no diré que en Inglaterra o Estados Unidos, año que en otros países en desarrollo, como Ghana, Nigeria, India, México, Venezue- la. Esta situación revela una pavoro- sa falta de visión: nuestra sociedad podrá desarrollarse en el plano econó-

sobre el "imperialismo yanqui" en re- vistas inglesas. La Fundación tuvo senti- do de las proporciones. Los norte- americanos a veces lo tienen en sus relaciones con nosotros. Y es saludable vivir la experiencia en carne pro- pia". Preguntamos al escritor si después de todo este tiempo en Inglaterra en que él y su mujer han adquirido el dominio del idioma y establecido numero- sas relaciones, no han pensado en volver a residir aquí. —Nunca lo hemos pensado en serio —contesta—. Como la mayor parte de los chilenos que viven fuera, anhelamos volver a Chile. Pero hay proble- mas. Para ser bien directo, el nuestro es, de orden económico. No pretendo entrar de mi trabajo como escritor. El público lector en Chile no es lo suficien- temente numeroso ni las relaciones culturales y editoriales internaciona-

mico, pero si no se desarrolla paralela- mente en el plano educacional, acabará en el vacío. Sin incentivos económicos, muchos universitarios —potenciales se podría a otras cosas; los que se arries- gan se ven obligados a recargar de trabajo, lo que les impide dar lo mejor de sí mismos, y muchos otros se van con su música al extranjero. De estos a los universitarios que sean "idealistas", se les dice que la enseñanza es una labor de "sacrificio". Esta manera de pensar es un grotesco herencia de la hipocresía conservadora, que nunca genera una profesión ligada con el pro- fectamente natural. La enseñanza es una ocupación que requiere talento, entusiasmo y dedicación, cualquiera que es toda otra profesión que supone estudios avanzados se pagan. Como sea, todos los "expatriados" tenemos un deseo: cuando termine mis estudios en Cambridge...

—Pensó publicar algo a su regreso con un libro de ensayos encaminados que pensó publicar a su debido tiempo. Dos novelas, un libro de viajes y varios ensayos. Pero a todo esto le falta trabajo.

—Finalmente, qué resonancia tiene en Chile la "americanización" en el ambiente británico?

—Repetición, ninguna. Y podría te- ner un poco, porque que el interés en este país por lo norteamericano, como la demostración las verdaderas "ideas simoníacas" de Jorge Luis Borges y Woolf y de Virginia Woolf, está en las iniciativas inglesas abundan. La Universidad de Essex, recientemente funda- da, ha atraído gran de sus estudiantes hacia América Latina. Sin im- portar, sin embargo, es que falta in- ducirlos de parte nuestra. Debería haberse algo a través de las embajadas. Pero las embajadas tienen poca influencia material; la mexicana, la cubana, la brasileña son las únicas relati- vamente bien situadas. Por otra parte, las embajadas no establecen contactos con los ambientes académicos o intelectuales que nosotros nos establecen en la medida necesaria. Por haber vivido en dichos ambientes, sé que lo único que debería ser a por- tener iniciativas por parte de las emba- das. Me imagino que el problema está en que la diplomacia latinoamericana en Europa no se puede quitar de enca- na el peso de una larga tradición de ineficiencia en materia de relaciones culturales. Quizás la diplomacia mexi- cana sea la excepción más honrosa.